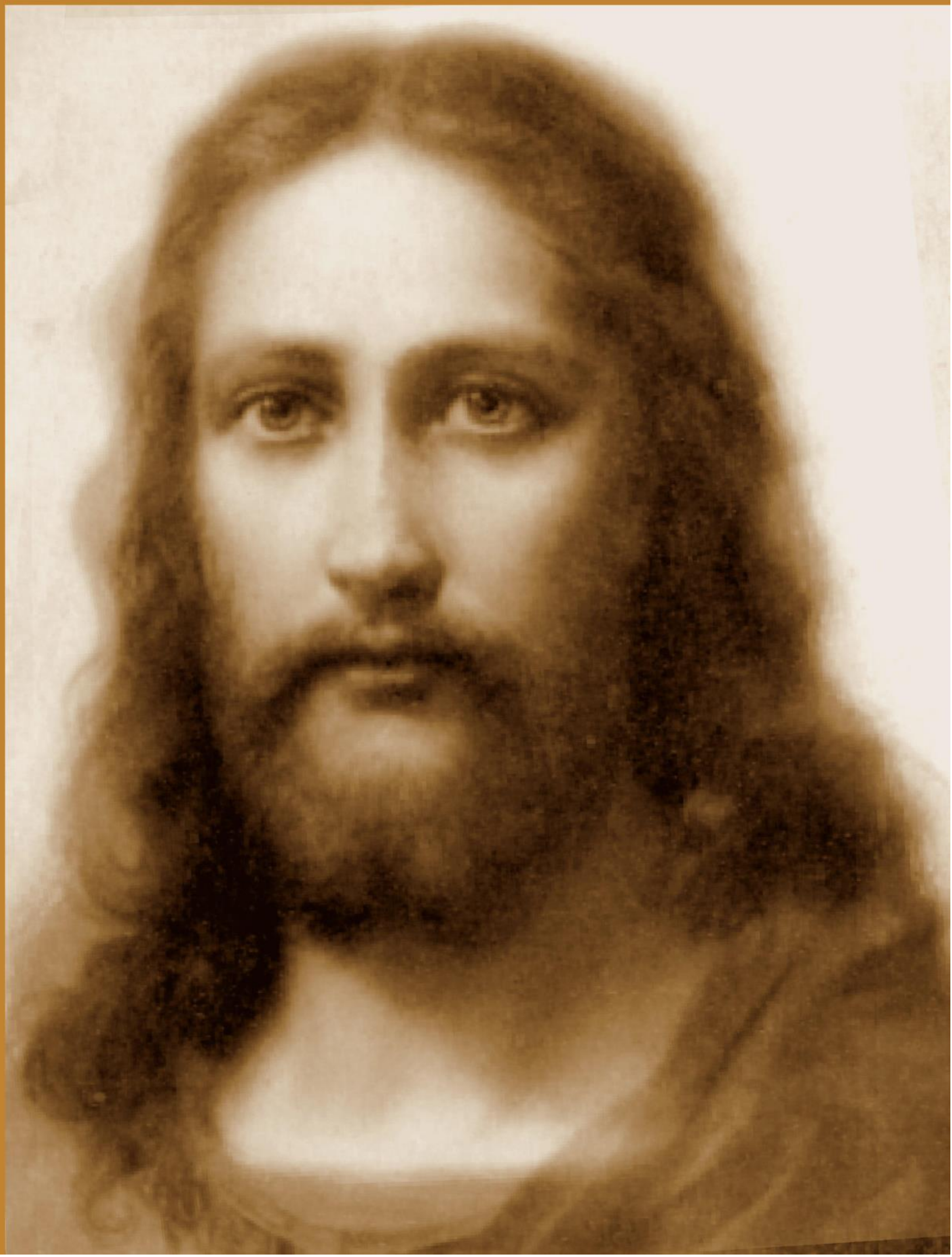
Jesucristo...

¡existió!



Dr. José Manuel Hernández Puentes, A.C.U.

Jesucristo… ¡existió!

Los Evangelios ante el tribunal de la crítica histórica

FOLLETOS A.C.U.

FOLLETOS A.C.U.
PUBLICADOS BAJO LA DIRECCIÓN DEL
P. AMANDO LLORENTE, S.J.
Director del
Buró de Información y Propaganda
de la
Agrupación Católica Universitaria
de la Habana

ÍNDICE GENERAL

ANTE EL TRIBUNAL

EL PLEITO

En la encuesta sobre religión llevada a cabo en los Estados Unidos por la revista Catholic Digest, figuró esta pregunta:

— ¿Cree Vd. que Jesucristo existió realmente?

Se trataba así de indagar la opinión del pueblo norteamericano sobre este importantísimo extremo: el discutido Nazareno en quien se cumplieron las profecías mesiánicas de la nación judía; el formidable taumaturgo, que trocó el agua en vino en las bodas de Caná, caminó sobre las aguas y obró la multiplicación de los panes y de los peces y tantísimos otros milagros; el profeta iluminado para quien no existía la incertidumbre del futuro; el médico maravilloso que con la sola virtud de su palabra limpiaba leprosos, devolvía la vista a los ciegos, la agilidad a los tullidos y la vida a los muertos, llegando a realizar el supremo prodigio de resucitar después de haber sido azotado, crucificado y traspasado de parte a parte con una lanza; en suma, el Dios—Hombre que fundó la religión que profesamos los cristianos, ¿fue un personaje histórico como Buda, Mahoma y otros fundadores de religiones o un héroe de leyenda que pertenece más bien al campo de la mitología?

En su número citado, el Catholic Digest publicó el resultado de la encuesta: más del 96 % de los norteamericanos adultos piensan que Jesucristo existió efectivamente.

Es probable, sin embargo, que pocos de esos norteamericanos sepan que, al sustentar esa opinión, están tomando parte en una de las polémicas más trascendentales que ha habido en el mundo en todos los tiempos.

Vamos a adentrarnos en esa polémica pata tratar de llegara conocerla lo mejor posible. Pero, a fin de facilitar el estudio, vamos a esquematizarla, imaginándonos que estamos ante un pleito, de esos que diariamente se ventilan en nuestros juzgados.

LAS PARTES

Puestos en ese camino, podemos situar como demandantes en el pleito a un grupo de pensadores, franceses y alemanes prin-

cipalmente, que sostienen que el Jesús que nos presenta la tradición cristiana hay que reducirlo *racionalmente* a proporciones naturales, eliminando de su biografía, tal y como se aceptaba hasta el siglo XVIII, todo elemento *sobrenatural y milagroso.* Algunos de estos pensadores —que se designan generalmente con la denominación común de "racionalistas"— llegaron incluso a negar la misma existencia histórica de Cristo.

Los demandados en este pleito imaginario son, naturalmente los cristianos. La crítica "racionalista" es, en efecto, una guillotina que amenaza dejar sin cabeza al cristianismo. Sobra un minuto de reflexión para darse cuenta de ello. ¿Qué puede ser la religión cristiana si Jesucristo no es Dios, sino un agitador político, un visionario, un exaltado, un predicador bonachón y piadoso, o —lo que es peor—, un ser mítico e irreal que no ha existido jamás sobre la faz de la tierra?...

Estas son las partes en discordia: "racionalistas" contra cristianos.

EL TRIBUNAL

Obsérvese, por otra parte, que la discusión no versa sobre un problema dogmático, teológico o filosófico. Todo se concreta a dejar aclarado un hecho del pasado: ¿Es falsa la figura del Cristo que adoramos los cristianos? El Cristo de la fe, ¿es distinto del Cristo de la historia?

En consecuencia, sólo hay un tribunal competente para fallar nuestro litigo: el de la Historia.

Ante este tribunal han acudido los ""racionalistas" para presentar su "demanda". Ante él, pues, tenemos que comparecer también los cristianos a defender nuestra tesis, proponiendo, como se hace en todos los pleitos, las pruebas en que basamos nuestras afirmaciones.

LOS TESTIGOS

¿Cuáles son esas pruebas?

Principalmente, consisten en la declaración de cuatro testigos, todos los cuales, no sólo afirman que existió Jesucristo, sino que fue como siempre hemos creído los cristianos a través de los siglos.

He aquí las "generales" de los testigos:

TESTIGO núm. 1. — Es judío de nacionalidad. Ejercía en Palestina el cargo de recaudador de impuestos para el fisco romano (publicano) antes de unirse a Jesucristo cómo miembro del Colegio Apostólico. La posteridad cristiana lo conoce por el nombre de MATEO.

TESTIGO núm. 2. — También judío palestinense. Fue discípulo de Pedro, el jefe de los Apóstoles, y la casa de su madre en Jerusalén era el punto de reunión de los cristianos de la ciudad, habiéndose refugiado Pedro en ella, cuando fue milagrosamente libertado de la prisión en el año 44. Se llamaba MARCOS.

TESTIGO núm. 3. — Oriundo de Antioquía, era helenista de estirpe y educación, y ejercitaba la profesión de médico, habiendo acompañado al Apóstol Pablo durante sus peregrinaciones. Su nombre era LUCAS.

TESTIGO núm. 4. — Judío como los dos primeros. Era "el discípulo que amaba Jesús". Nada menos que aquel a quien confió la custodia de su Madre cuando pendía de la cruz. Hablamos de uno de los hijos de Zebedeo: del hermano de Santiago el Mayor; en suma, del Apóstol JUAN.

LAS DECLARACIONES

Por supuesto, cuando se promueve nuestro litigio —hace dos siglos aproximadamente—, estos testigos tienen ya dieciocho centurias de fallecidos. Por eso no pueden prestar declaración de viva voz.

Sin embargo, los cristianos podemos ofrecer al tribunal de la Historia sus declaraciones escritas. Estas declaraciones son los cuatro EVANGEUOS Canónicos, llamados así por figurar eI1 la lista o canon de los libros sagrados que reconoce la Iglesia Católica .como auténticos y divinos.

Adviértase bien, empero, que en este pleito preponemos los EVANGELIOS como prueba *prescindiendo de que sean o no libros inspirados,* libros que tienen a Dios como autor principal. No hacemos destacar su valor probatorio en eso, no. Basta que se reconozca la ciencia y veracidad de los autores de los EVANGELIOS, *humanamente considerados,* en pura ciencia histórica, aunque no se reconozca la inspiración divina de Ios libros.

LA "TACHA" DE LOS TESTIGOS

Cualquiera comprende, sin necesidad de que se lo ponderen mucho, el valor excepcional de los EVANGEUOS como prueba histórica. Acéptese el cuádruple testimonio de MATEO, MARCOS, LUCAS y JUAN y nuestro pleito estará fallado: la historicidad del Jesucristo tradicional resplandecerá sin sombra de duda.

Por eso los “racionalistas”, ·para poder negar la realidad histórica del Jesús cristiano, han tenido que comenzar por despojar a los EVANGELIOS de toda fuerza probatoria. A eso han dedicado el grueso de su argumentación, habiéndose centrado el debate en ese punto: ¿Se admiten como buenos los testimonios de los evangelistas? Jesucristo es una figura histórica como otra cualquiera. ¿No se admiten? Jesucristo es un personaje de leyenda.

Como hemos imaginado desde el principio que estamos asistiendo al desarrollo de un pleito, diremos que los "racionalistas" pretenden desacreditar, "tachar" —como se dice técnicamente— nuestros testigos y, valiéndose de ese medio, ganarnos el litigio.

Veamos si esa "tacha" tiene posibilidades de éxito.

IDENTIFICANDO A LOS TESTIGOS

¿TESTIGOS DE ESTUCHE?

En nuestro ambiente judicial se conoce con el nombre de testigos de "estuche" a aquellos que, litigantes poco escrupulosos, traen a los pleitos para que declaren lo que convenga a sus intereses, aunque no tengan la menor idea del asunto que se discute y ni siquiera conozcan a las partes en pugna.

Eso es lo primero que prácticamente vienen a decir los "racionalistas" de los testimonios presentados por los cristianos en nuestro pleito: que son, poco más o menos, obra de testigos "de estuche".

Su tesis puede sintetizarse así: los EVANGELIOS son obras de autores desconocidos que no proceden de testigos presenciales o, por le menos, muy próximos a los hechos, porque no se escribieron .en el siglo I (en que vivió Jesucristo). Son, pues, testimonios lejanos a los sucesos que narran, que no reflejan las opiniones de

las generaciones que vivieron cuando ocurrieron esos sucesos o inmediatamente después. MATEO, MARCOS, LUCAS y JUAN son nombres con que se cubrieron los autores innominados de los EVANGELIOS, o nombres que pusieron los Obispos y las Iglesias cristianas del siglo II para autorizar entre los fieles dichos escritos.

No se requiere mucha perspicacia para darse cuenta de que, de aceptarse esta tesis, los EVANGELIOS carecen de todo valor como documentos históricos. En efecto, ¿qué puede valer la biografía de un personaje escrita por quien no la conoció ni se informó debidamente con quienes lo conocieron y trataron?

EL CARNET DE LOS EVANGELISTAS

Esto obliga, naturalmente, a los cristianos, a identificar debidamente a MATEO, MARCOS, LUCAS y JUAN como los verdaderos autores de los EVANGELIOS.

¿Cómo hacerlo?

Vamos a suponer que Vd., médico, abogado, ingeniero o miembro de una sociedad cualquiera, tiene que identificarse como tal para poder asistir a una conferencia o a un acto social. ¿Qué hace usted? Sencillamente, exhibir su carnet, donde el funcionario correspondiente del Colegio profesional o de la sociedad de que se trate, certifica que Vd., Fulano de tal, es médico, abogado, etcétera, o miembro de esa sociedad.

Desde luego, si la persona que está en la entrada del local a que Vd. desea penetrar es muy cuidadosa, todavía puede dirigirle unas cuantas preguntas para cerciorarse de que lo que dice su carnet es verdad. Si Vd. no lleva consigo su carnet, evidentemente no lo dejarán pasar. Pero el interrogatorio adicional puede servir para descubrir que su carnet es falso.

Los cristianos vamos a seguir el mismo sistema para identificar a los Evangelistas. Primero, vamos a exhibir sus respectivos carnets, en los que aparecen figuras responsables de la antigüedad; verdaderos fedatarios del pasado, certificando que MATEO, MARCOS, LUCAS y JUAN (dos Apóstoles y dos discípulos de los Apóstoles) son los verdaderos autores de los EVANGELIOS. Después... ¡Por supuesto! no interrogaremos a los Evangelistas porque ya hace mucho tiempo que murieron, pero sí leeremos muy despacio sus obras, para ver si nos dicen algo entre líneas sobre las personas de sus autores.

UN LAPSO DISCUTIDO

¿Qué es lo primero que se ve en el carnet de los Evangelistas? La polémica sobre la historicidad de Jesucristo y, por consiguiente, sobre la identidad de los autores de los EVANGELIOS, comienza en el siglo XVIII. Pues bien: desde fines de este siglo o principios del XIX hasta el siglo IV inclusive —recorriendo la historia en sentido inverso— el carnet esta lleno de innumerables testimonios sobre la identidad de nuestros cuatro escritores. Es una tradición *constante, universal y clara.* Sería realmente superfluo que recogiéramos y acumuláramos aquí todos esos testimonios. Nadie los discute.

¿Podremos decir lo mismo de los tres primeros siglos de nuestra era?

SIGLO III

La tercera centuria no nos deja defraudados. En ella nos encontramos con varios personajes muy respetables que nos hablan de los autores de los EVANGELIOS:

> ORIGENES: El polígrafo más grande de su tiempo. Pasma la sola lista de sus obras. Según algunos cómputos, en ellas hay 19.231 citas de los EVANGELIOS. Modernamente se han podido escribir obras, como la de Hautsch, con solas estas citas. Conocía, pues, profundamente los EVANGELIOS, *cuyo origen certifica varias veces;* El testimonio de Orígenes, que abarca toda la primera parte del siglo III, refleja el sentir de su época, ya que en sus obras apela siempre al consentimiento unánime de las Iglesias y de la tradición. Con Orígenes hacen coro sus contemporáneos y también AMMONIO, SAN CIPRIANO Y SAN HIPOLITO ROMANO,
>
> CLEMENTE DE ALEJANDRIA. Nació probablemente, en Atenas, de padres gentiles. Ya cristiano, recorrió el mundo civilizado en busca de las tradiciones cristianas. Después, alzó cátedra de filosofía cristiana en Alejandría, emporio del saber helénico, enseñando allí hasta que murió, según todos los autores, antes del 214. Su testimonio es concluyente.
>
> TERTULIANO: El más fecundo y original de los latinos. Nació unos 60 años después de la muerte de SAN JUAN. Su testimonio a favor de la identidad de los Evangelistas es de los más decisivos. Ello se debe a que lo funda en la tradición uni-

versal de las Iglesias todas, en lo recibido de los mayores, de los Apóstoles mismos.

En el siglo III, pues, también se atribuye la paternidad de los cuatro EVANGELIOS a los autores que señalan los cristianos. Pero los testimonios que acabamos de citar nos dan una pista muy importante: se limitan a consignar una verdad que mana del siglo II, de la tradición...

Esta nos está indicando que, si seguimos remontándonos en nuestra búsqueda, vamos a hallar datos de gran interés.

SIGLO II

A mediados del siglo XVIII, el sabio y erudito MURATORI, registrando la Biblioteca Ambrosiana en Milán, dio con un viejo manuscrito en latín, casi comido de gusanos. Estaba cuajado de incorrecciones, faltas., de ortografía latina; y MURATORI lo publicó sólo a título de curiosidad, para que se viese hasta dónde había llegado la inepcia y descuido de los copistas de la Edad Media.

Los contemporáneos se contentaron con burlarse del manuscrito y del copista.

Pero un siglo más tarde, críticos como Weisler, Herz, Creduer, Bunsen y otros, advirtieron que en aquel latín extraño y descuidado había un texto griego malamente traducido, pero de gran antigüedad.

Después de las consiguientes discusiones, los sabios se pusieron de acuerdo. Resultaba que el fragmento descubierto por MURATORI era una sencilla traducción, hecha en el siglo VII u VIII, de un texto griego de autor cierto, escrito, lo más tarde, a fines del siglo II.

¿Qué decía este texto? Contenía un catálogo de los libros aceptados por la Iglesia Romana durante el siglo II. Su autor afirma categóricamente que en toda la Iglesia de Roma se daba como un hecho inconcuso que LUCAS y JUAN era autores de los EVANGELIOS. Nada dice el fragmento de MATEO y MARCOS; pero hoy ningún autor duda que, al principio del manuscrito, donde faltan varias líneas, se hablaba de los dos.

Con el fragmento de MURATORI no distamos más de 50 años aproximadamente de la muerte del último Apóstol, SAN JUAN.

¿Hay testimonios que cubran ese lapso de medio siglo?

"MATEO escribió su Evangelio en hebreo, lengua de los judíos, mientras Pedro y Pablo fundaron y evangelizaron la Iglesia de Roma. Después de la salida de éstos, MARCOS, discípulo e intérprete de Pedro, puso por escrito la predicación de Pedro. LUCAS, a su vez, seguidor de Pablo, redactó su EVANGEUO conforme a la predicación de Pablo. Después escribió JUAN, discípulo del Señor, que había descansado sobre su pecho. Escribió viviendo en Éfeso de Asia".

¿Pensará el lector que hemos tomado el párrafo que antecede de un historiador moderno?.. ¡Se equivoca! Quien habla así es IRENEO, Obispo de Lyon; que frecuentó de joven las instrucciones de POLICARPO de Esmirna, ¡discípulo inmediato de JUAN, el Evangelista! Así, pues, IRENEO, en la mitad del siglo II, nos lleva por mediación de Policarpo hasta SAN JUAN, hasta el mismo siglo I.

Junto a IRENEO hay que mencionar a TACIANO, SIRIO y TEOFILO de ANTIOQUIA. Este último es el primero que nombra SAN JUAN Apóstol como escritor y lo pone entre los autores que escribieron escrituras sagradas inspiradas por el Espíritu Santo.

Citemos, por último, a SAN JUSTINO, llamado filósofo y mártir. Este hombre singular, el principal campeón de la Apologética en el siglo II, recorrió las escuelas más célebres del mundo sabio de su época y vivió mucho tiempo en Roma, donde puso él mismo una escuela y murió mártir.

En su primera Apología (escrita entre 150-155) nos dice que Jesucristo había nacido hacía sólo 150 años. Es pues un testigo bastante próximo de la vida de Jesús.

De su testimonio se deduce que dos Apóstoles y dos discípulos de los Apóstoles escribieron unas Memorias (EVANGELIOS) sobre la doctrina y hechos del Salvador. Pero no se menciona el nombre de los Evangelistas.

¿Se referirá San Justino a otros EVANGELIOS más antiguos que los nuestros, de los cuales éstos se derivarían? Así lo han pretendido los "racionalistas". Pero en buena crítica histórica y literaria esta hipótesis es insostenible. Cotejando las citas que San Justino hace de esas Memorias con nuestros cuatro EVANGELIOS Canónicos, se observa una concordancia manifiesta.

Además, la presentación y descripción que el apologista hace de las Memorias de los Apóstoles cuadra a nuestros EVANGELIOS. Por otro lado, hemos visto que TACIANO SIRIO, que fue discípulo de San Justino, los conoció y dio testimonio de ellos. ¿Podía ignorarlos el maestro? Justino, por tanto, se refirió a los EVANGELIOS Canónicos. De otro modo, la crítica se hallaría en un verdadero callejón sin salida...

El siglo II presenta al crítico cristiano un panorama risueño, al igual que el III. ¿Podremos seguir bajando?

ESCRITOS APOSTÓLICOS

Dicho de otro modo: ¿Nos será posible empalmar la cadena de testimonios con la palabra autorizada de algunos de los que estuvieron en relación con los Apóstoles mismos y que por eso se llaman Padres Apostólicos?

¡Ciertamente!

Poseemos la certificación de PAPIAS, Obispo de Hierápolis, ciudad del Asia Menor, en los principios del siglo II. Es el testimonio explícito más antiguo que tenemos en favor de la identidad de MATEO y MARCOS, como autores de sus respectivos EVANGELIOS.

La crítica "racionalista" se ha esforzado — ¡cómo no había de ser!— en probar que PAPIAS habla de escritos que precedieron y prepararon los dos primeros EVANGELIOS Canónicos. Pero sus razones son bien pobres y ahorramos la discusión en gracia a la brevedad. Por otra parte, el testimonio tiene una autoridad excepcional. Porque PAPIAS en cualquier hipótesis, se une con la generación última del siglo I y trata con dos discípulos del Señor: Aristión y Juan el Presbítero. Este último, ¿es JUAN el Apóstol? Los Presbíteros, ¿son únicamente los Apóstoles? Si contestamos afirmativamente estas dos preguntas, la autoridad del testimonio sube de valor. Pero, aún en caso contrario, la autoridad fundamental queda en pie…

Fuera de PAPIAS ya sólo tenemos testimonios *implícitos,* es decir, que en ellos no se mencionan ni los EVANGELIOS ni sus autores. Pero en esos documentos se copian y transcriben textos que están sólo en los EVANGELIOS. *Dependen lógicamente* de éstos, en el contenido ideológico; y *literalmente,* en la copia servil de muchos textos y frases evangélicas. Ahora bien: si estos documentos son de fines del siglo I y comienzos del II, nuestros EVAN-

GELIOS, por tanto, estaban ya escritos entonces y no pudieron escribirse, ni al final del siglo I, ni menos dentro del II, como pretenden los "racionalistas".

Figuran entre estos testimonios implícitos:

La llamada CARTA de SAN BERNABE, escrita probablemente en Alejandría, en los últimos decenios de la primera centuria.

LA DOCTRINA DE LOS DOCE APOSTÓLES, el catecismo más antiguo que existe, de la misma época que la CARTA.

La carta de SAN CLEMENTE ROMANO, tercer sucesor de Pedro en la sede de Roma, a la comunidad de Corinto, de fines del siglo I, en la que cita las palabras del EVANGELIO como palabras del Señor.

Las cartas de SAN IGNACIO MARTIR.

Y, finalmente, la carta de SAN POLICARPO a los Filipenses, escrita hacia el año 107.

El análisis que hasta aquí hemos hecho nos revela que los EVANGELIOS eran usados y conocidos al final del siglo I. Las citas que de ellos se hacen en esta época, nos dan la certeza de que eran universalmente admitidos como obras apostólicas de los discípulos de Cristo ya antes de que se cumpliese el primer centenario de la fundación de la Iglesia y del nacimiento mismo del Señor. Porque hay un hecho importantísimo que ahora vamos a destacar: *en ninguno de los escritos apostólicos se hace alusión a los Evangelios apócrifos.*

LOS APÓCRIFOS

¿Qué son los apócrifos?

Se llama así a aquellos libros que tratan de la vida de Jesucristo, pero que la Iglesia no reconoce como dignos de fe, aunque sin negar que puedan contener ciertas verdades y hechos históricos.

Son libros que nacen en la sombra del misterio de autores desconocidos y que, tardíamente, tratan de revestirse de la autoridad de algún Apóstol. Así, hay un Evangelio según Felipe, un Evangelio según Pedro etc.

En su mayor parte nos han llegado fragmentariamente. Casi todos circulaban en el siglo II o principios del III. Dos de ellos: el Evangelio de los Hebreos y el Evangelio de los Egipcios, han merecido el honor de ser situados por algunos en el siglo I, aunque otros los ponen en el II.

Aún con respecto a estos dos últimos Apócrifos, puede afirmarse que son *posteriores* a los canónicos; que los *utilizan;* que los *completan* y los *deforman* en muchos casos bajo el influjo de preocupaciones doctrinales en curso; y prueba de esta dependencia es que nunca los *contradicen.* Se contentan con adornar la sobriedad de las narraciones evangélicas con bellas imaginaciones.

Por ejemplo: los Apócrifos, llevados de la fe en la divinidad de Jesús, refieren su infancia de modo que resplandezca la divinidad del Niño y la grandeza de su Madre:

> En Nazaret, mientras en los Canónicos una sola frase resume la vida humana de Jesús durante 25 años, los Apócrifos nos dicen que los compañeros de juego, si le molestan o le pegan, caen instantáneamente muertos. Un maestro que se atreve a castigarlo, fallece fulminado. Tres maestros se esfuerzan vanamente en instruir a este niño prodigio. Al primero que quiere enseñarle el alfabeto, da Jesús una lección sobre el sentido alegórico de la letra A. Al segundo lo mata para resucitado después. Al tercero le da una conferencia sobre exégesis bíblica. Niño todavía, se convierte en predicador de sus paisanos. Y las figuras de barro que hace como los demás niños, reciben misteriosamente la vida.
>
> ¡Elucubraciones fantásticas con un fondo de verdad y de fe!

Mas ninguna de estas elucubraciones fue jamás reconocida *universalmente* como *libro sagrado.* El cristianismo nació y se propagó por la predicación viva de la palabra hablada. Cuando el círculo cristiano se amplía y nacen los primeros escritos cristianos, se siente la necesidad de escoger entre ellos los que constituían las verdaderas y auténticas historias de Cristo. Esta labor de selección habla muy alto del espíritu crítico de los antiguos cristianos. No bastaba para que la Iglesia admitiese como apostólico un libro que llevase en la portada el nombre glorioso de un Apóstol. ¡No! Debía constar la identidad de sus autores, había de examinar su historia y su génesis. Si las pruebas no eran satisfactorias el libro quedaba

postergado *aunque no contuviere ningún error contra la fe y las costumbres*

Nuevo argumento, pues, en favor de la identidad de MATEO, MARCOS, LUCAS y JUAN como autores de los EVANGEUOS. ¿Por qué fueron éstos admitidos y en cambio los Apócrifos fueron rechazados del canon?...

HEREJES Y PAGANOS

¡Pero es que hasta los herejes! Ellos aparecen en el carnet de los Evangelistas.

¿De qué manera? Sencillamente; los herejes *conocen y utilizan* los EVANGEUOS. Tratan de demostrar sus doctrinas fundándose en ellos. Y cuando son refutados, no se les ocurre contestar negando su valor. ¿Podría existir, sin embargo, alguien más interesado en ello que los herejes? *No se conserva ni una sola oposición o negación de los autores de los EVANGELIOS en los escritos heréticos.*

¿Y los paganos? ¿Qué nos dicen los paganos sobre los autores de los EVANGELIOS? En general, se preocupan bien poco del cristianismo los gentiles de los primeros siglos. Sin embargo, ahí están Porfirio, Proclo y, sobre todo, Celso, predecesores de los modernos "racionalistas". ¿Cómo refuta Celso científicamente la secta cristiana? Acude a sus libros para ridiculizarlos con lo que encuentra en ellos. Y ¿qué libros son éstos?... Orígenes precisa muchas veces el pasaje de MATEO Y JUAN en que Celso se ha inspirado.

UN CASO ÚNICO

Lo que antecede es el contenido del carnet de identidad de los Evangelistas.

Resumiendo: certifican la identidad de MATEO, MARCOS, LUCAS y JUAN como los verdaderos autores de los EVANGELIOS Canónicos toda una pléyade de personajes de la antigüedad, no sólo cristianos, sino también heréticos y paganos, cuyos testimonios forman una cadena que va desde el siglo XIX hasta el mismísimo siglo I en que vivió Jesucristo.

Los personajes cristianos representan las opiniones de la Iglesia de África, Alejandría, Asia, Siria, Antioquía, Acaya, Lyon y Roma, la Iglesia madre. Además, esos personajes no vivieron confi-

nados en un oscuro rincón del mundo antiguo, sino que recorrieron durante su vida gran parte de ese mundo. Muchos de ellos abrazaron el cristianismo ya hombres, después de madura reflexión y de conocer toda la filosofía religiosa de su tiempo. Son hombres de ciencia y de crítica, lo más representativo de aquellos siglos. Por otra parte, no es sólo un testimonio privado; es además, un testimonio oficial (de la Iglesia) que, entre casi 50 biografías de Cristo, se queda solamente con cuatro.

¿Se puede pedir más?

Hay que notar que no hay ningún otro escrito de la antigüedad que tenga en favor de la identidad de sus autores una tradición literaria semejante. Tradición antiquísima, pública, universal, constante. No tiene ni la menor comparación con la de ciertos escritores profanos, cuyas obras nadie las pone en tela de juicio. Tomemos, por ejemplo, al historiador griego Herodoto. La primera mención literaria que se encuentra en favor de Heredoto es en Aristóteles, cien años después de su muerte. La segunda, en Cicerón, más de 300 años después.

Hay que convenir, por consiguiente, que el caso de los EVANGELIOS es único.

LOS EVANGELIOS POR DENTRO

UN PASO MÁS

Pero lo que hemos dicho hasta ahora no es todo. Porque lo que antecede lo hemos escrito, por así decido, manteniendo cerrado el libro de los EVANGELIOS. Vamos a dar un paso más y a abrir ese libro para poder examinarlo por dentro.

MATEO

Comencemos por el EVANGELIO, de MATEO.

Leyéndolo, se advierte enseguida que tuvo que ser escrito por un judío de Palestina como MATEO. No se explicarían de otro modo los hebraísmos que usa; su conocimiento de las costumbres judías; de la ley de Moisés y de los Profetas; su familiaridad con la topografía de Palestina.

Por otra parte, el escritor revela una competencia especial en materia de impuestos, propia de un publicano. Es el único Evangelista que dice que el Apóstol SAN MA TEO era publicano en Cafarnaúm. En la enumeración de los Apóstoles cita a Tomás antes que a MATEO. Estos detalles, ¿no están revelando la mano del propio MATEO que puede libremente buscarse la humillación inherente al cargo de publicano y que por modestia se pospone a su compañero Tomás?

Además, es evidente que el autor escribe para judíos convertidos al cristianismo. Por eso no siente la necesidad de explicar ciertas locuciones de origen arameo que emplea, como "Rabbí", "raca", "mammona", etc.

Otro rasgo de este EVANGELIO es el deseo del autor de probar que Jesucristo es el Mesías y su empeño especial en desacreditar a escribas y fariseos, como si quisiera librar de su pernicioso influjo —real y pujante a todas luces en la época en que escribe— a la masa general de los cristianos venidos del judaísmo.

Las alusiones a los hombres y a las cosas, los adversarios a quienes el Maestro se refiere, todo, en fin convierte a este EVANGELIO en un reflejo exacto del paisaje galileo y de las costumbres de una sociedad que debía ser devorada por la catástrofe del año 70.

Veremos que la lectura misma de los EVANGELIOS nos obliga a creer, no sólo que fueron escritos por MATEO, MARCOS, LUCAS y JUAN, sino que lo fueron en pleno siglo I: Los tres primeros antes del año 70, fecha de la destrucción de Jerusalén por los ejércitos romanos; el último, el de JUAN, en el último decenio de la primera centuria.

MARCOS

Echemos ahora una breve ojeada al EVANGELIO de MARCOS. También, y por las mismas razones expuestas al hablar del EVANGELIO de MATEO, se advierte aquí al judío palestinense.

Se observa, por otro lado, una gran precisión en la referencia de los actos y gestos de Simón Pedro. Pero, ¡cosa curiosa! el autor se extiende en los defectos, debilidades y faltas del Apóstol, y calla en cambio los hechos más gloriosos de su vida. Diríase que Pedro fue el autor de este EVANGELIO; sin embargo, sólo pudo escribirlo

alguien capaz de reproducir la predicación del Apóstol, es decir, un discípulo de éste.

Otro ángulo interesante de este EVANGELIO es la cantidad de pormenores que se suministran al lector acerca de la lengua, usos y costumbres del pueblo judío; el cuidado que se pone en traducir los términos arameos que cita; las expresiones y giros latinos que abundan en su lenguaje griego. El autor parece dirigirse a los cristianos procedentes del paganismo, a cristianos de Roma, en concreto.

Todos estos caracteres convienen maravillosamente a SAN MARCOS, discípulo de Pedro.

Además, en el caso del EVANGELIO de MARCOS hay una consideración muy interesante que hacer: si MARCOS no hubiese escrito ese EVANGELIO su figura hubiera carecido de importancia en la antigüedad. ¡Por qué, pues, atribuírselo a él y no a un Apóstol de significación y relieve!

LUCAS

Continuemos con LUCAS.

La simple lectura del prólogo de este EVANGELIO nos indica que es obra de un hombre de la primera generación cristiana: su autor, en efecto, ha recibido sus informes de testigos presenciales de la vida de Jesús.

La precisión con que se habla de las enfermedades en este EVANGELIO, nos induce a creer, asimismo, que su autor era médico.

El estilo más puro y elegante que el de los primeros dos EVANGELIOS; la mayor riqueza del vocabulario; la composición mas artística nos revelan al griego de origen y a un espíritu cultivado.

Hay también notables afinidades entre este EVANGELIO y los escritos de San Pablo, porque en él se ponen de manifiesto las tesis favoritas del Apóstol. Un "racionalista" prominente ha contado hasta 84 términos comunes a LUCAS y PABLO, que no se encuentran por otra parte en los demás EVANGELIOS.

JUAN

Leyendo Renán —"racionalista" francés— en el EVANGELIO de JUAN el pasaje en que se refiere al encuentro de Jesús con la Samaritana, se le escapó esta confesión: "Sólo un judío de Palestina, que haya pasado frecuentemente por la entrada del valle de Siquem, ha podido escribir eso". Y es que, frecuentemente, esa es la impresión que se saca de la lectura de todo este EVANGELIO.

No es sólo eso. Se le mete a uno la idea en la cabeza de que el autor es, además, un testigo ocular, como el mismo lo dice y como lo prueba una narración tan pormenorizada y circunstanciada de los hechos.

Es un Apóstol y, por propia confesión "el discípulo amado de Jesús" (XXI, 20, 24) ¿Quién es este "discípulo amado"? Entre los predilectos del Maestro, según los otros EVANGELIOS, están Pedro, Santiago el Mayor y JUAN. Ahora bien: en este EVANGELIO el "discípulo amado" se distingue de Pedro, pues es su compañero inseparable. No puede ser Santiago, porque éste fue martirizado en el año 44, y nuestro EVANGELIO se escribe más tarde, hacia fines del siglo I. Sólo queda JUAN... Hay que notar, a mayor abundamiento, que JUAN el Apóstol y los demás miembros de su familia jamás son nombrados explícitamente en este EVANGELIO, mientras que los otros Apóstoles lo son con mucha frecuencia En cambio, el nombre de JUAN sale 17 veces en las otras narraciones. ¿No estará JUAN escondiendo su propio nombre por discreción bajo el apelativo del "discípulo amado"? Estas y otras consideraciones que podrían hacerse y qué aquí quedan fuera del tintero nos inclinan por la afirmativa.

Basta y sobra, pues, lo que puede leerse entre líneas en el EVANGELIO de JUAN para que podamos tener una idea exacta sobre quien fue su autor.

BALANCE

Los EVANGELIOS, por consiguiente, nos hablan con tal claridad de las personas de sus autores, que después de leerlos sin prejuicios llegamos sin esfuerzo al convencimiento de que las características de estos autores sólo se ajustan a MATEO, MARCOS, LUCAS y JUAN.

Además, si pensamos que la descripción de la época en que vivió Jesucristo presenta dificultades" casi insuperables a un autor

que no sea contemporáneo, por haber sido destruida Jerusalén el año 70 y desterrada en masa la población israelita, con los consiguientes trastornos sociales y políticos, tenemos que llegar a la conclusión de que los EVANGELIOS de MATEO, MARCOS Y LUCAS fueron escritos en pleno siglo I, antes del citado año 70. En cuanto al de· JUAN, su redacción supone hechos —como el de la muerte de Pedro, la longevidad del autor, etc.— que nos hacen pensar en el último decenio del siglo I, aunque no puede situársele después porque las herejías del Siglo II no encuentran eco alguno en este EVANGELIO.

Este es el balance de nuestro estudio hasta este momento.

Cabe preguntarse ahora qué opina la crítica "racionalista" de toda la argumentación que antecede. Debe estimada de gran fuerza porque ha ido cediendo terreno poco a poco, corrigiendo y modificando las afirmaciones, acercándose, cada vez más, a la tesis cristiana. Esta evolución puede apreciarse, sobre todo, en la obra del que tal vez sea el más destacado de los "racionalistas", el profesor de Berlín Adolfo Harnack.

Podemos, pues, sin miedo a equivocarnos, pasar adelante convencidos de que los testimonios presentados por los cristianos en el pleito sobre la historicidad de Jesucristo son obra de testigos de calidad excepcional: dos Apóstoles y dos discípulos de éstos. Testigos presenciales, testigos de primera mano... .

En crítica histórica, cuando un libro ha sido realmente escrito por quien representa el nombre a quien se le atribuye oficialmente, se dice que ese libro es *genuino.*

Pues bien: *los EVANGELIOS ostentan la característica de la genuinidad.*

VEINTE SIGLOS DESPUÉS...

LOS ORIGINALES

Los EVANGELIOS fueron escritos, con toda probabilidad, en papiros, material de escritura que ordinariamente se utilizaba en aquellos tiempos.

De la planta egipcia del papiro se cortaban verticalmente tiras delgadísimas hasta de un metro de largo y de pocos centímetros de ancho. Estas tiras, unidas entre sí en un estrato longitudinal, eran reforzadas luego por otro de tiras aplicadas transversalmente. Los dos estratos, fuertemente adheridos por comprensión, formaban lo que nosotros llamaríamos una hoja de "papel".

El papiro era una materia muy deleznable. Plinio, en su Historia Natural, se extraña de que dure más de 200 años. Por esta razón, los autógrafos de los EVANGELIOS, escritos en materia tan frágil y de poca duración, han desaparecido.

COPIAS Y VERSIONES

Si esto es así, ¿cómo ha llegado hasta nosotros el texto de los EVANGELIOS? Sencillamente, a través de las copias de los originales. .

A partir del siglo IV se generaliza el uso de los pergaminos como material de escritura. Los pergaminos, casi siempre, recibían la forma de cuadernos, como nuestros libros actuales. De ahí el nombre de códices.

Poseemos hasta el presente 2.160 códices conteniendo copias de los EVANGEUOS, algunos de los cuales son del mismo siglo IV. De estos códices, se calcula que 210 son unciales (llamados así por estar escritos en mayúsculas). Los demás —2.400— son minúsculos (así llamados por estar escritos en letra minúscula).

También poseemos 50 papiros con el texto evangélico, casi siempre de manera fragmentaria. El último, de hallazgo reciente, es del siglo II.

A estos documentos podemos agregar los leccionarios (libros que sólo contienen las partes de los EVANGELIOS, que se leían en los oficios litúrgicos), que suman 1.610.

En total: tenemos 4.270 testigos directos del texto sagrado.

Como además existen actualmente numerosísimas versiones y traducciones de los EVANGELIOS, de las cuales algunas llegan hasta el siglo II, y nuestros escritos aparecen citados en autores antiguos hasta el siglo I, hay que convenir que tenemos a nuestra disposición abundantes medios para conocer el texto de los EVANGELIOS, tal y como salió de las manos de los autores.

LAS VARIANTES

Hay algo, sin embargo, que puede hacer surgir la duda en nuestras mentes de hombres modernos.

Hasta la invención de la imprenta, la tarea de hacer las copias de los libros estaba a cargo de copistas, los cuales a veces olvidaban palabras, saltaban una línea, escribían un término por otro. Otras veces, los copistas deliberadamente sustituían un lugar oscuro por expresiones que ellos consideraban más apropiadas, o también sustituían ideas por otras más conformes con sus opiniones personales y con sus preocupaciones doctrinales.

Todo esto que, por otra parte es tan humano, ha hecho que, al cotejar los críticos los manuscritos que se conservan de los EVANGELIOS, hayan notado más de 150.000 variantes entre los mismos.

Esto, unido al hecho de que los originales de nuestros libros se han perdido, nos hacen preguntamos si, efectivamente, el texto de los EVANGELIOS ha llegado a nosotros tal y como salió de las manos de sus autores. Al cabo de veinte siglos, ¿poseemos el texto original puro, sin mutilaciones o interpolaciones (añadidura de palabras o sentencias que no están en el texto original del autor?

En el pleito sobre la historicidad de Jesucristo no basta demostrar que nuestros testigos son presenciales o muy próximos a los hechos. Hay que probar, además, que ese testimonio se ha conservado en toda su *integridad,* sin adiciones ni supresiones.

¿Es esto posible?

LA RECONSTRUCCION DE LOS TEXTOS ORIGINALES

Sí, ciertamente.

Muchas de las variantes son *sobre una misma palabra* o *frase.* De ahí que su extensión sea muy reducida, aunque su número sea grande. De ocho partes del texto evangélico, siete son indisputadas.

Además, la mayoría de las variantes consisten, o en sencillas equivocaciones de los copistas (que nosotros llamaríamos hoy erratas de imprenta), o en diferencias gramaticales, o en diferencias de léxico en las palabras sinónimas, o en diferencias de orden y colocación. En una palabra: cambios de accidentes gramaticales que en nada afectan al sentido del texto.

Descartando estas diferencias gramaticales, apenas si quedan 200 variantes que rocen el sentido. Y de éstas, no llegan a 15 las de alguna importancia. Aún estas 15 no menoscaban ninguna verdad dogmática o doctrinal: ni se añade, ni se quita, ni se debilita.

Por esto, el más seguro de los críticos textuales del siglo XIX., Hort, resume sus investigaciones de veinticinco años y las de su colega Wescott, con estas palabras:

> "Las siete octavas partes del contenido verbal del Nuevo Testamento están fuera de duda. La última octava parte consiste principalmente en modificaciones en el orden de las palabras o en variantes insignificantes. De hecho, las variantes que tocan a la sustancia del texto son muy poco numerosas, y pueden ser valoradas *en menos de la milésima parte* del texto".

LA LÓGICA DE ACCIÓN

Basta usar un poco la lógica para darse cuenta de que el *número de variantes dice bien poco* si *se le compara con el número de manuscritos que poseemos.* Cuanto más manuscritos, más variantes. Cuantos menos manuscritos, menos variantes. Pero, en este último caso, menos datos también para formarse idea del texto original. De ahí que el trabajo de reconstitución del texto evangélico haya sido relativamente fácil. ¡4.270 testigos directos del texto sagrado!...

Precisamente, cuanto mayor es el número de documentos, su variedad e independencia, tanto mayor es la autoridad de aquellos extremos en que esos documentos marchan de acuerdo. En aquellas cosas accidentales en que discrepan, la misma abundancia de la documentación facilita la reconstrucción.

POSICION PRIVILEGIADA DE LOS EVANGELIOS

En las bibliotecas de Europa, de todos los autores clásicos latinos, no se conservan sino 30 manuscritos que lleguen al siglo IV. Y de siglos posteriores, contando todos los autores latinos, los códices unciales no pasan de 400.

De Virgilio, el poeta nacional romano de la época del emperador Augusto, sólo se conservan tres códices unciales. De Cicerón, el gran orador romano, el único códice de sus discursos en alguna manera completo y más antiguo, pertenece al siglo XII. Por

eso, ¡claro está! los autores clásicos apenas si presentan variantes. ¡Si no tienen testigos o manuscritos!...

Ningún libro de la antigüedad puede compararse a los EVANGELIOS. Sólo se le acerca, y a distancia considerable, el texto del Viejo Testamento.

Podemos, pues, repetir lo que ya dijimos páginas atrás sobre los EVANGELIOS. Sólo que ahora lo diremos con palabras de Harnack para reforzar nuestra afirmación:

"El carácter absolutamente *único* de los EVANGELIOS es hoy día universalmente reconocido por la crítica".

LA LABOR DE LA IGLESIA

¿A qué obedece esta singular prerrogativa de los EVANGELIOS? La amorosa solicitud conque la Iglesia nos lo ha conservado la explica perfectamente. Y ello es, además, un nuevo argumento que podemos esgrimir y que nos lleva al convencimiento, no sólo de que el texto de los EVANGELIOS no ha sido adulterado a través de los tiempos, sino que *fue imposible toda alteración sustancial.*

Los EVANGELIOS eran leídos por todos. Se repartían con profusión entre los fieles, quienes los custodiaron con veneración hasta el extremo de morir antes de entregados a los paganos. Contra cualquier alteración habrían protestado diligentemente los Obispos, los fieles, los mismos herejes. ¿Qué pasaría en nuestros días si alguien publicara en nuestro país una edición adulterada de la Constitución? Se lo imagina el lector, ¿verdad? Pues eso mismo hubiese ocurrido en los primeros tiempos del cristianismo, si se hubiera pretendido alterar los EVANGELIOS.

ESTEMOS TRANQUILOS

Al terminar este aspecto de nuestro estudio, los cristianos podemos respirar tranquilos. Aplicando debidamente a la documentación que poseemos las reglas de la crítica moderna, son poquísimos los textos evangélicos en que queda duda sobre la primitiva lectura.

Esto nos permite afirmar que el texto de los EV ANGELICS ha llegado hasta nosotros *íntegro,* no sólo en lo sustancial, sino también en lo accidental. Basta observar la concordancia que reina entre todas las ediciones críticas de nuestros libros, católicos y protestantes, aún siguiendo sistemas y métodos diferentes.

Parece, pues, que los cristianos vamos a ganar abiertamente el pleito sobre la historicidad de Jesucristo: nuestros testigos no solamente son presenciales o muy próximos a los sucesos que narran, sino su testimonio ha llegado íntegramente a nuestros días, después de 20 siglos de haber sido prestados, sin adiciones ni suspensiones. ¡Se impone el optimismo!

¿NOVELAS HISTÓRICAS?

UNA ANÉCDOTA ILUSTRATIVA

Quisiera Juan casarse con Teresa. Después de pensarlo detenidamente para estar seguro, decide pedirle consejo a su director espiritual.

“No tiene dinero", empieza diciendo. El padre, coge un papel y escribe un cero. —"Pero... es muy bonita". Segundo cero. —"Sabe tocar el piano y pinta". Otro cero. —"Además, sabe muy bien administrar el dinero". ¡Siguen los ceros! —"Su familia tiene fama de ser muy distinguida". —"Luego... es graduada en la Universidad". Dos ceros más... —"¡Ah!, se me olvidaba decirle que es excelente cristiana". Al oír esto, el padre pone un 1 delante de los 6 ceros que había escrito en el papel y enseñándoselo a Juan le dice: "Date prisa y cásate con ella. ¡Esa joven vale un millón!"

Pues bien: todo lo que hemos dicho hasta aquí valdría cero si no pudiésemos demostrar que los testigos presentados por los cristianos en el pleito sobre la historicidad de Jesucristo *dicen la verdad.*

Veracidad: he aquí la cifra que tenemos que escribir delante de la originalidad e integridad de los EVANGELIOS.

Esto hace, naturalmente, que el lector se pregunte: ¿niegan los "racionalistas" la veracidad de los EVANGELIOS?

UNA HIPÓTESIS REALIZADA

Uno de los más encarnizadores adversarios de los EVANGELIOS, Federico Strauss, escribió en 1835, en el párrafo 13 de la introducción a su Vida de Jesús:

"La historia evangélica sería *intachable* si se probase que había sido escrita por testigos oculares, o por lo menos, por autores vecinos de los hechos".

Strauss tenía razón al decir esto. En historia lo esencial es disponer de fuentes escritas por testigos presenciales o por autores contemporáneos. Ese es todo el afán de la investigación moderna.

Lo curioso de todo esto es que, de seguro, al escribir esas palabras, Strauss no esperaba que su hipótesis se realizara nunca. Mas he aquí, después de las polémicas que se desarrollan en el siglo XIX, *la crítica "racionalista" admite hoy, en conjunto, la historicidad de los EVANGELIOS de MATEO, MARCOS y LUCAS, por lo menos.* O sea, que la hipótesis que Strauss descartaba ha adquirido las características de un hecho científicamente comprobado.

¿Significa esto que hemos perdido nuestro tiempo porque los "racionalistas", en vista de lo que antecede, han rectificado sus viejas opiniones sobre el valor histórico de los EVANGELIOS y, por consiguiente, sobre la realidad de la figura histórica de Jesús?

Sería una verdadera ingenuidad creerlo así.

LA CENSURA RACIONALISTA

Representémonos, en efecto, a un pensador "racionalista" leyendo los EVANGELIOS y sigámoslo de cerca en su lectura.

Mientras tiene su vista posada en los pasajes que narran las enseñanzas de Jesús, podríamos hasta descubrir en su rostro cierta admiración por el "hombre" capaz de engendrar tan sublimes pensamientos.

Mas he aquí que nuestro profesor llega al lugar donde se cuenta, digamos, la conversión del agua en vino, en las bodas de Caná o la multiplicación de los panes. Su expresión cambia. Comienza a agitarse inquieto en su asiento. Se ve, en suma, que no aprueba aquello que está leyendo.

Supongamos que se trata de Neander. El nos dirá cómo él entiende la multiplicación de los panes, eso requiere una explicación. Las bodas de Caná son históricas. Pero la conversión... ¡eso es otra cosa! Lo que ocurrió fue sencillamente que Jesús comunicó al agua un gusto parecido al del vino (¡¡sin ser vino!!) Si en lugar de Neander, nuestro hombre fuese Paulus o Beyschlag, nos dirá cómo él entiende la multiplicación de los panes. Lo que pasó fue que la

gente menos acomodada que había acudido a oír a Jesús había agotado sus provisiones, mientras los ricos tenían aún las suyas. Para incitados a que repartiesen entre los pobres sus panes. Cristo se puso a repartir personalmente 5 panes y 5 peces. Los ricos imitaron su ejemplo y la multitud que había acudido a escuchar al Maestro en aquel lugar en que no existían alimentos, pudo saciar su hambre.

¿Qué quiere decir todo esto?

Pues que los "racionalistas", despreocupándose de las consecuencias de la afirmación de Strauss a que aptes hicimos referencia, someten a una rigurosa censura los EVANGELIOS, distinguiendo entre las enseñanzas de Jesucristo y los hechos que de El nos cuentan los evangelistas.

Las enseñanzas son fácilmente admitidas como históricas —aunque no se escatiman esfuerzos para eliminar ciertos textos más embarazosos—; los hechos... se tratan con bastante menos respeto: como en ellos es donde se revela con más fuerza lo sobrenatural y milagroso de la vida de Jesús, se echa a un lado.

¿NOVELAS HISTÓRICAS?

Esta negativa de los "racionalistas" de no querer considerar como históricos los milagros de Jesús narrados por MATEO, MARCOS, LUCAS y JUAN, convierten a los EVANGELIOS en novelas históricas, en que lo ficticio se mezcla con lo real.

Llegamos así a la fase decisiva de nuestro pleito. Los hechos que cuentan los evangelios, ¿sucedieron como ellos los refieren? La imagen que nos dan de Jesucristo, ¿responde a la realidad? ¿Habló y oró el Maestro; vivió, en una palabra, como ellos narran?

Si podemos contestar afirmativamente a estas preguntas, evidentemente les habremos ganado la partida a los "racionalistas". Pero, para ello, necesitamos demostrar que los evangelistas sabían lo que escribían y que escribieron lo que supieron, es decir, que en ellos se dan las dos cualidades de *ciencia y veracidad.*

SABÍAN LO QUE ESCRIBÍAN

Que los evangelistas conocían perfectamente los hechos que narran, parece claro. ¿Cómo no habían de conocerlo si fueron testigos presenciales de esos hechos en los casos de MATEO y

JUAN, y en los de LUCAS y MARCOS obtuvieron su material informativo de los Apóstoles, testigos igualmente presenciales?

Cierto que no eran historiadores como los modernos y ni siquiera del rango de los antiguos Tucidides y Tácito. Pero, ¿qué método histórico, cultura científica o formación crítica necesitaban para contar llanamente hechos recientes, sensibles, públicos, que por su carácter milagroso, extraordinario, atraían con más fuerza la atención de los espectadores? En los EVANGELIOS no se habla de especulaciones y meditaciones teológicas, sino de verdades de experiencia: cosas que se han visto, se han oído, se han palpado...

Por otra parte, basta leer los EVANGELIOS para darse cuenta de que los Apóstoles, si de algo pecaron fue de incredulidad: no se tragan fácilmente los milagros. Prueba al canto: el trabajo que les costó convencerse de la Resurrección de Jesús.

ESCRIBIERON LO QUE SUPIERON

Leyendo, además, el relato sobrio, objetivo sin apreciaciones personales ni ponderaciones afectivas de los evangelistas, se extraña uno, en verdad, de que alguien pueda pensar que tales narradores tratan de engañar a sus lectores.

Si no vacilan en confesar su origen humilde, la estrechez y limitación de su inteligencia, sus debilidades, las reprensiones recibidas por parte de su Maestro, su cobardía en el curso de la Pasión, su descorazonamiento de incredulidad después de la muerte de Jesús ¡...! si no ponderan el poder y dinamismo de su héroe más que su debilidad en las horas negras de su inmolación ¡...! Los "racionalistas" admiten que los evangelistas son verídicos e historiadores en este último caso. ¿Por qué no han de serlo en los demás si son los mismos, es el mismo estilo?

Esta primera impresión de sinceridad se ratifica en el ánimo del crítico serio cuando piensa bien los detalles que nuestros narradores dan del mundo palestino: geografía, idioma, derecho político, costumbres religiosas, están conformes con los demás documentos de la historia, la literatura y la arqueología. Con la particularidad de que, poco después, en el año 70, este cuadro cambió radicalmente.

Es que los evangelistas no tuvieron otra pretensión que decir estrictamente la verdad. Bien claro lo dicen LUCAS y JUAN. Decía Pascal: "Yo no creo más que en las historias cuyos testigos se de-

jarían degollar". Este es el caso de los EVANGELIOS. Nadie miente, de ordinario, sin un interés de por medio. ¿Qué interés iban a tener los evangelistas en mentir si su impostura iba a costarles la vida?

Dice Parker:

"Para inventar a un Newton, se necesita ser otro Newton. ¿Cuál es el hombre que puede haber inventado a Jesús? Sólo Jesús era capaz de esto".

Y Juan Jacobo Rosseau (nada sospechoso de parcialidad, por cierto) concuerda:

"El EVANGELIO tiene caracteres de verdad tan grandes, tan sorprendentes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más grande que el héroe mismo".

Pero, ¿a qué seguir insistiendo sobre la veracidad de los EVANGELIOS? Cedamos la palabra a un "racionalista", Harnack:

"La literatura primitiva de la Iglesia, en su conjunto, y en la mayoría de los pormenores, es, desde el punto de vista literario, verídica y digna de fe".

OTRA VEZ LA EVCLUCION

Al parecer, pues, los cristianos tenemos la victoria asegurada. ¿Cómo no pensarlo si los "racionalistas" modernos admiten la sinceridad de los evangelistas?

Vayamos poco a poco. Eso no quiere decir que nuestros adversarios admitan la presencia del elemento sobrenatural y milagroso en los EVANGELIOS. No. Y vea el lector de qué medios se valen para compaginar ambas actitudes:

Los EVANGELIOS —dicen los "racionalistas" modernos— no son libros históricos, sino libros de edificación, libros piadosos. ¿A qué se debe la presencia en ellos de hechos milagrosos y sobrenaturales? Sencillamente, a un lento trabajo de idealización progresiva, realizado en torno a la figura de Cristo. Este Cristo idealizado, transformado por ese proceso evolutivo, el Cristo de la fe, es el que pintan los evangelistas. Pero el Cristo de la fe y el Cristo de la historia son bien distintos. Porque, los milagros, en definitiva, no son otra cosa que mitos o leyendas injertadas en la historia real del Salvador.

De esta manera, la evolución viene a ser otra vez un arma ofensiva en las manos de los que se empeñan en desacreditar la fe cristiana.

¿Cuánto tiempo se ha necesitado para que tenga lugar esa elaboración evolutiva de leyendas sobre la figura de Jesús? Apenas un siglo, dice una escuela: menos de medio siglo, dice otra.

EL GOLPE FINAL

Hay argumentos muy fuertes en contra de esta teoría, sin embargo.

En primer término, no se compadece con la fecha de la composición de los EVANGELIOS, La idealización, la leyenda, requiere para formarse largo espacio de tiempo. Por eso los que propugnan estas teorías han llegado a situar la composición de los EVANGELIOS hasta el año 150. Es siglo y medio era necesario para que la evolución pudiera tener lugar. Pero cuando quedo aclarado que los EVANGELIOS habían sido escritos antes de finalizar la primera centuria los “evolucionistas” se vieron en apuros y entonces sostuvieron que la idealización podía llevarse a cabo más rápidamente y luego se achacó a la fe lo que antes se había atribuido a la leyenda. Mas, ¿cómo la fe pudo ponerse en contradicción tan flagrante con los hechos históricos cuando éstos eran tan recientes que todo el mundo podía comprobar su exactitud?

Además, si como afirman los "racionalistas" los EVANGELIOS reflejan una evolución doctrinal en los años que siguieron a la muerte de Jesús, ¿cómo es posible que en las cartas de San Pablo, que son todas anteriores al año 66-67, anteriores a los EVANGELIOS y cuya genuinidad y antigüedad nadie osa negar, el dogma y la moral haya evolucionado más que en los evangelistas? Entiéndase bien: no es que exista contradicción entre San Pablo y los evangelistas. Lo único que ocurre es que el germen que aparece en los EVANGELIO, en las epístolas paulinas tiene ya hojas, flores y aun frutos, es decir, se ha, desarrollado. Si los EVANGELIOS reflejan un proceso evolutivo, como quieren los "racionalistas", ¿por qué no son influenciados por las ideas que ya flotaban en el ambiente cuando fueron escritos?

¿Por qué, en efecto, se consigna en los EVANGELIOS la idea equivocada que los discípulos tenían de Jesús, a quien concebían como un Mesías terreno y conquistador, si en la época en que

nuestros libros se escribieron ya se había desarrollado plenamente el dogma fundamental de la divinidad de Cristo y su misión redentora? ¿No habría estado más de acuerdo con esta idea de la divinidad de Jesús suprimir los rasgos que pintan con vivos colores la humanidad del Salvador?

Mas: entre todos los documentos cristianos existe una maravillosa unidad doctrinal. Si hubiese existido el proceso evolutivo que quieren los "racionalistas", ¿no es cierto que en la antigua literatura cristiana habría huellas de contradicciones inevitables, de lucha entre distintas concepciones y del triunfo de una sobre las otras?

Por otra parte, considérese que es característica esencial de la mentalidad del cristianismo primitivo el apego a la tradición, a lo recibido corporativamente de los doce Apóstoles, poseedores del mensaje divino. En una comunidad así, no caben evoluciones ni transformaciones de ese mensaje, no hay sitio para especulaciones ni para teorías individuales. El que no se conforma con lo recibido es separado irremisiblemente de la comunidad.

Finalmente: los EVANGELIOS se escriben en vida todavía de los que conocieron a Jesús durante su existencia mortal, amigos y enemigos. Egesipo, que escribe hacia el año 180, nos dice que hasta la muerte de Simón, hijo de Cleofás, a principios de la segunda centuria, la Iglesia de Jerusalén había estado gobernada, por hombres que trataron a Cristo. El apologista Cuadrado y Papías nos aseguran que algunos de los que fueron resucitados por el Maestro vivieron hasta el tiempo del emperador Adriano (137-138).

En presencia de tales testigos, ¿qué probabilidad de éxito podría tener una historia deformada de Jesús? Y conste, que no se trata solamente de cristianos. ¿Por qué los fariseos, enemigos irreconciliables del Nazareno, no hablan y combaten las invenciones de los discípulos? ¿Por qué no explican la falsedad de los milagros? Recuérdese lo mal parado que queda Anás, Sumo Sacerdote del pueblo judío y juez de Cristo, en los EVANGELIOS. Pues bien: el historiador hebreo Flavio Josefo nos dice que el pontificado de Anás duro largo tiempo y que llegó a ver como sucesores a sus cinco hijos. El quinto, llamado Ananos o Anás II fue quien hizo matar a Santiago el Menor. Sin embargo, ni Anás, que sobrevive a Cristo, ni sus cinco hijos, con toda su influencia y poder, logran salirle al paso a la leyenda que tan mal los trata.

LA RAÍZ DEL PREJUICIO

Podría alguien imaginarse, al tomarle el peso a la argumentación cristiana, que los "racionalistas" habrán desistido de su pretensión de desvirtuar la figura del Jesús de la tradición cristiana.

Al comienzo de este capítulo dijimos que tal suposición es una ingenuidad. Vamos ahora a decir por qué.

En la última instancia, la actitud "racionalista" responde a un prejuicio: la imposibilidad de lo sobrenatural y del milagro. Esto es lo que obliga a limitar la historicidad de los EVANGELIOS, cuyos autores serían los más fidedignos del mundo…, si no narrasen hechos sobrenaturales y milagrosos.

Lo ha dicho bien claro Renán, autor de una Vida de Cristo que alguien ha dicho que es el EVANGELIO según… Judas:

"Yo rechazo los milagros de los EVANGELIOS, no porque se me haya demostrado que los EVANGELIOS no merecen una fe absoluta. Si yo digo que los EVANGELIOS son leyendas, es precisamente porque contienen hechos milagrosos. Los EVANGELIOS pueden contener hechos históricos, pero ciertamente, todo lo que hay en ellos no es historia".

Esos mismos que se empeñaron en negar la historicidad de los EVANGELIOS, admiten con los ojos cerrados la doctrina y la vida de Buda. Y el libro Lalita Vistara, que contiene la historia de Buda, todos los críticos están conformes en afirmar que es del siglo I antes de Jesucristo, esto es, escrito por lo menos tres siglos después de la muerte de Buda.

Lo que sucede es que si se admiten los EVANGELIOS como documentos históricos, hay que admitir irremisiblemente la existencia de Dios, la divinidad de Jesucristo y todas las demás consecuencias de estas verdades. No lo decimos nosotros. Lo dice Strauss:

"No quieren admitir los EVANGELIOS, no porque no haya razones para ello, sino por no admitir las consecuencias morales de los mismos".

Pero eso, claro está que no es historia. La historia dice otra cosa que arrancó a Harnack, después de haber dedicado largos años al estudio de los EVANGELIOS con una enorme preparación científica, esta pregunta que no necesita respuesta:

"¿Hemos trabajado los "racionalistas" cincuenta años febriles para sacar sillares macizos que sirvan de pedestal a la Iglesia católica?"

Queda demostrada así la veracidad de los EVANGELIOS.

EL FALLO

Después de haber asistido al desarrollo del pleito sobre la historicidad de Jesucristo, ya sólo nos queda por conocer el fallo del tribunal de la historia.

Y aunque nuestro litigio sea totalmente imaginario, vamos a llevar el símil que hemos escogido, hasta sus últimas consecuencias, redactando la sentencia como si se tratara de la de uno de nuestros tribunales. En los distintos "considerandos" están contenidos los razonamientos del fallo. Heló aquí:

> CONSIDERANDO que ha quedado demostrado, con el testimonio copioso de los escritores de la antigüedad, tanto cristianos como herejes y paganos, corroborado además con· la simple lectura de los EVANGELIOS, que éstos fueron escritos por MATEO y JUAN, dos discípulos de Cristo, y por MARCOS y LUCAS, discípulos a su vez de dos Apóstoles, por cuyas razones es claro que los EVANGELIOS son obra de testigos presenciales o muy próximos a la vida de Cristo.
>
> CONSIDERANDO, que el testimonio contenido en los EVANGELIOS ha llegado íntegramente hasta nosotros en virtud de la gran cantidad de manuscritos existentes de los mismos, sin que en nada perjudique esta afirmación del hecho de que haya variantes entre esos manuscritos, ya que críticamente se demuestra que no afectan a la sustancia del testimonio.
>
> CONSIDERANDO que los EVANGELIOS merecen entero crédito toda vez que en sus autores concurren las dos condiciones de ciencia y veracidad exigible para justificar la credibilidad de un testimonio.

CONSIDERANDO, que con los referidos EVANGELIOS, los cristianos, que son la parte demandada en este pleito, no sólo han demostrado que Jesucristo existió, sino que existió precisamente como lo ha creído siempre la tradición cristiana.

FALLAMOS: que debemos declarar y declaramos sin lugar la demanda de los "racionalistas" para que se declare falsa la figura histórica del Jesús de los cristianos, y mandamos por el contrario *que se publique en todas partes que Jesucristo existió precisamente como siempre han creído los cristianos.*